

Babel

Miguel Sánchez Robles

“Mi cabeza incendiada la he tirado a una fiesta”

F. Umbral

Demasiados alumnos parecen asumir que el mundo es un gran perro estúpido y tienen siempre el deseo o la necesidad de darle a algún mando a distancia para que la vida vaya más deprisa, más deprisa, más deprisa. Algunos dicen: “Yo vivo en una calle de alto *estarling*”. Los llevas a los ordenadores y tres o cuatro te preguntan a la vez: “Profesor, ¿Podemos ver en *google* cómo paren las tías?”. Odian, temen, toda esa información que alguien ha metido en los libros de texto con la finalidad de que les estalle la cabeza por acumulación de náusea. Los timbres tienen prisa. Los teléfonos tienen prisa. Las impresoras tienen prisa. Los ipods tienen prisa. En los institutos lo raro es el sosiego y la gente está empezando a no saber vivir si no está conectada a algo. Una niña de primero llora en un banco del hall porque es carnaval y ella quería un traje de abeja y ya no quedan. Nadie le presta atención porque todos caminan con rapidez por los pasillos. La profesora de Lengua tiene que hacer fotocopias, los de Biología tienen que hacer fotocopias, el de Inglés tiene que hacer fotocopias, fotocopias, fotocopias. Todo el mundo tiene que hacer fotocopias. El Orientador lleva papeles de un sitio para otro, camina como un animal cansado y siempre va con impresos o folletos que huelen a protóxido y los clava con tachuelas amarillas o rojas en paneles de corcho, los pasillos están llenos de esos paneles en los que nadie se fija demasiado porque todo el mundo tiene prisa, el limpiador tiene prisa, la directora tiene prisa, los conserjes tienen prisa como las avispas tienen prisa o las gacelas tienen prisa. Y luego está ese triste vacío de llegar a los

sitios y no saber muy bien qué hacer o qué decir o por dónde empezar con el Neolítico o la calcopirita. Y luego está sentir, percibir, darte cuenta de que hay días, otros no, en los que la gente en general tiene ganas de huir como si estuviese en el último minuto antes del Juicio Final o algo por el estilo.

Pero Ana es dulce, pequeña, tranquila, delicada. Ana siempre pensando que el hecho de estar viva exige algo. Cuando habla, es como si expidiese decibelios de serenidad. Sus palabras suelen ser luminosas, están llenas de una precisión y una fuerza inusuales en muchos profesores de instituto. Ana cree en las cosas. Lee libros de ensayo. Adora el cine de Kim Ki-Duk. Colecciona postales. Le gustan las palabras, los idiomas, lo singular, lo raro. Sabe que *ovno* significa mierda en checo. Ana lleva siempre una mochila muy bonita colgada de sus espaldas y se pasea con ella por el hall y los pasillos y las aulas como si estuviese de excursión, eternamente de excursión. Si le preguntases por la pus de la nada o por la melancolía de la desaparición de la cultura, Ana no sabría explicarte muy bien qué es eso porque ella cree, es nueva en esto y cree de verdad. Es su primer destino y tiene muchas ganas de enseñar a los niños el asombro perfecto de que la vida sea así como la vemos, con hormigas y estrellas y uranio enriquecido. Porque Ana sabe de todo, tiene que dar Latín, pero sabe de todo, hay en ella ese residuo humanista del saber y de realizar bien su trabajo y en segundo de bachillerato tiene una sola alumna, una sola, Lidia Miralles.

Al principio, el primer día que la vio, pensó que sería una alumna especial, sensible, inteligente, una de esas alumnas que no sienten miedo ni asco ni desidia porque trates de llenarle la cabeza de información sobre el reinado de Isabel II o la morfología de un lapiaz o sobre las

características del bosque caducifolio de la Rusia Oriental. Pensó, al pronunciar su nombre en voz alta como pasando lista una hermosa mañana de septiembre, así: Lidia Miralles Nortes, que ese nombre unido a esos apellidos estaban destinados para una persona receptiva, notable, hambrienta de aprender y comerse la vida por el centro. Después, cuando vio su cartera llena de cómics del Capitán Masacre y las pegatinas de David Bisbal y del Duque en la portada de sus ciblocs de anillas y la cubierta desgastada de un cedé de Sabina, comenzó un poco a desinflarse sola una esperanza. Ana nunca contaminaría un cuaderno suyo con pegatinas de esa índole. Ana no leería nunca cómic de burda ciencia ficción. Ni se metería rayas sobre un cedé de Sabina. Ni empanaría los ojos mirando a las pizarras.

Ana espera mucho de Lidia. Siente por ella esa predilección por los alumnos que se singularizan exigiendo Latín como optativa, por los alumnos de letras que están en extinción, son un poco tristes y parecen vivir fuera del mundo.

Es octubre. Última hora de clase de un lunes nublado y cálido aún. Afuera, en los jardines del instituto, las hojas están cambiando su verdor del verano por un color más mustio. En la calle hay mercado y se expanden los gritos de los vendedores ambulantes. Ana y Lidia están sentadas, como todos los lunes y los jueves, en un aula vacía que les viene muy grande. Lidia está preocupada porque tiene que presentar un trabajo para Filosofía sobre "Las preguntas de la vida", un libro de Fernando Savater. Y se lo dice a Ana.

- Ana, por favor, ayúdame a escribir diez líneas sobre el capítulo tres de este libro. ¡Mira que lo he leído!, pero no entiendo nada. ¡Anda, porfa! Te prometo, si lo haces, que me aprendo por fin el vocativo- Y Ana se ilusiona.

- Venga vamos a leer. Te lo voy a explicar. Lo comentamos ¿Vale?

Ana lee en voz alta, con esa voluntad suya tratar de encontrar la luz que las palabras llevan dentro: "Capítulo Tercero: ...¿Podemos estar seguros entonces de algo, si ni siquiera somos capaces de descartar la falsificación universal?... Descartes planteó la hipótesis de que todo lo que consideramos real fuese simplemente un sueño... trataba de encontrar un método para avanzar en el conocimiento de la realidad, su escepticismo quería ser el comienzo de una investigación, no el rechazo de cualquier forma de investigar o conocer..."

- ¿Entiendes, Lidia? Dudar es importante. Pensar es importante. Cuestionarnos nuestra existencia a través del ejercicio imaginativo de que la vida pueda ser sólo un sueño es también importante y útil. Hay una obra de teatro que se titula así: "La Vida es sueño", de Calderón de la Barca. ¿La has leído? ¿Habéis estudiado algo de ella en Lengua y Literatura?

Lidia no dice nada. La mira con un pequeño rictus de desdén y hace que no con la cabeza, cerrando fuerte la boca y arqueando las cejas, en esa expresión que es una mezcla de negación, desinterés y duda.

Ana sigue leyendo: "Si dudo, si sueño, debo existir indudablemente para poder soñar y dudar... Cógito ergo sum: pienso luego existo... ¿Quién o qué es ese "yo" de cuya existencia ya no cabe dudar?... Pero ¿Y si existir no fuera en absoluto nada parecido a una acción ni por tanto necesitase un sujeto concreto para llevarla a cabo? ¿Y si existir funcionase más bien como "es de día" o "llueve", es decir como algo que pasa pero que nadie hace?"

- ¿Entiendes, Lidia? Estas últimas preguntas son pura poesía. Piensa en equiparar la existencia como un avatar

arbitrario, incluso ajeno a nosotros, como la lluvia o el sol o el derretirse los glaciares. Piensa en qué lugar nos dejaría eso. Piensa en pensar esas cosas. Es precioso que tú y yo estemos aquí leyendo estas palabras y pensando. ¡Qué chulo, ¿no, Lidia?!

Lidia se siente un poco aturdida. No entiende nada. Parece que entiende algo porque sabe muy bien poner cara de entender, es de esas alumnas que sacan un poco más de nota porque saben poner cara de atender y estar comprendiendo las cosas, pero en el fondo siente que todo lo que Ana lee y dice son palabras que asustan a los chicos buenos de países bonitos que se llaman España o Portugal. Y sonrío con hipocresía como asintiendo, como diciendo que sí entiende, que sí quiere entender.

- Sigamos- y Ana lee: "Hume, filósofo escocés dice que cuando entra en su fuero interno para buscar su yo (¿para buscarse?) sólo encuentra percepciones y sensaciones de diverso tipo: tropieza con contenidos de conciencia, nunca con la conciencia misma... una cosa es notar el frío, por ejemplo, y otra darse cuenta de que uno está sintiendo frío... En eso me parece que consiste el que yo pueda llamar mías a mis sensaciones y percepciones: en la especial adhesión que tengo por ellas... Si tengo un dolor de muelas, no podré desentenderme de él e ignorar sus implicaciones diciendo: "Vaya parece que hay un dolor de muelas por aquí. ¡Espero que no sea mío!"... No sólo siento y percibo, sino que puedo preguntarme qué siento y percibo, así como indagar en lo que significa para mí cuanto siento y percibo..."

Ana se detiene y suspira. Dirige a Lidia una mirada de ilusión. Se ha emocionado leyendo.

- Es precioso, Lidia. ¿Te das cuenta de lo hermoso y sublime que puede llegar a ser especular sobre nuestra

conciencia, descubrir nuestra conciencia, adorar nuestra conciencia? Sigo leyendo, ¿Vale?: “En una novela del escritor Aldoux Huxley, hay un párrafo en el que se explica maravillosamente como Lord Edward percibe música gracias a los mecanismos de su oído y a las terminaciones nerviosas de su cerebro... pero el goce mismo de la música, su capacidad de apreciarla y de identificar en ella a Bach, el significado vital que todo encierra para el oyente no puede reducirse al simple mecanismo cerebral. No se hubiera dado sin Lord Edward, no existiría sin él... soy un cuerpo en un mundo de cuerpos, me desplazo, choco, me froto con ellos; pero también sufro, gozo, sueño, imagino, calculo y conozco una aventura íntima que siempre tiene que ver con el mundo interior...”

Ana vuelve a detenerse emocionada. Le comenta las últimas palabras. Lidia sigue poniendo cara de comprender y sonrisilla hipócrita. Lidia no dice nada. A veces asiente un poco y hace que sí con la cabeza. De esa manera van liquidando párrafos y párrafos, varios párrafos más hasta terminar el capítulo:

“Quizás deba desviarme un momento de los filósofos y acudir a los poetas:

El alma vuelve al cuerpo
se dirige a los ojos
y choca.- ¡Luz! Me invade
todo mi ser. ¡Asombro!
Jorge Guillén, en *Cántico*”

“...Así me encuentro, invadido y poseído por todo mi ser que es tanto la mirada interior del alma como la luz del mundo... ¿hay alguien ahí fuera? ¿estoy solo? ¿existe algún otro yo aparte del mío?... en mi interior, desde que comienzo a reflexionar sobre mí mismo, encuentro un lenguaje sin el que no sabría pensar, ni soñar siquiera: un lenguaje que yo no he inventado como dice Wittgenstein,

un lenguaje forzosamente público que comparto con otros seres... soy un yo porque puedo llamarme así frente a un tú... ¿no será precisamente ahí, en lo humano, en lo que comparto con otros semejantes capaces de hablar y por tanto pensar, donde podré encontrar una respuesta mejor a la cuestión sobre qué o quién soy yo?"

Ahí termina el capítulo. Ana suspira y mira ensimismada. Siente calor en sus labios. Espera un asombro o algo parecido de Lidia. No lo recibe y trata de entusiasmarla, de hacerle hablar o pensar.

- Venga, Lidia, vamos a responder a estas preguntas del *da que pensar*: "¿Podemos estar seguros realmente de nuestros conocimientos? ¿Es indudable que yo existo o sólo es indudable la existencia de "algo" que podría ser intemporal y fragmentario? ¿Es el yo una sustancia estable y personal o podría resultar tan sólo un efecto localizador del lenguaje? ¿Por qué llamo mío al cuerpo? Si el alma tiene un cuerpo, pero no es el cuerpo ¿qué lugar ocupa en él? ¿He inventado yo el lenguaje que encuentro en mí?"...

Y Lidia Miralles Nortes mira a Ana un poco así: como miran los conejos colgados bocabajo en las carnicerías. Le repele pensar. Le repele todo lo que ha escuchado. Piensa que la Filosofía y en general todas las palabras escritas en los libros no son gelatina que se pueda comer. Lidia siente un cansancio, una decepción. Pone cara de asco y dice con desidia:

- Pero, Ana, ¿*pos* dejaremos de existir, hostia?!-
Suenan el timbre y recoge sus cosas para marcharse.

Ana se queda quieta, desconcertada, indefensa, como cuando una mujer no te puede impedir que le beses la boca porque tiene las manos ocupadas en algo que se puede romper si se cae al suelo. Vuelve la prisa. Lo raro es el sosiego. Ana permanece sola y quieta hasta que todos se

marchan y hay entonces en ella un súbito silencio sobre el mundo. Su experiencia con Lidia ha sido un tsunami como un dios destruido. Ana ya es otra para siempre. Mira el color mustio en las hojas de boj de los setos del patio y se ve a sí misma caminar por la vida exactamente igual que uno de esos adultos que son profesores de algo y tienen un aire elegantemente devastado y vagan como exquisitos zombis del ahora en la pus de la Nada y en la melancolía de la desaparición de la cultura. Uno de esos seres a los que ella les besaría entera el alma, si pudiera, si supiera, si encontrara el lugar donde se halla.